

## VIERNES-REFLEXIÓN 6

### MOSTRANDO NUEVA FUERZA INTERIOR



La verdad, el misterio divino, es uno e indivisible; no hay nada que separe a los seres humanos del poder de Cristo, a menos que se distancien de él o hagan "imágenes talladas" para sí mismos. La escuela de misterios cósmicos es omnipresente y trata de despertar la semilla de luz en cada corazón humano de su sueño de muerte. Con ese fin puro, el poder de la luz sobrenatural desciende en la personalidad terrenal.

El primer despertar del ser interior, Jesús, a través del "beso de luz a la vida" causa una nostalgia profundamente sentida y una conciencia inquebrantable de la existencia de una forma superior de vida humana. Pero, además, trae especialmente algo completamente nuevo: la experiencia consciente de la propia dualidad, el reconocimiento de la realidad del Otro dentro de nosotros. A partir de ese momento hay dos voces morando en nuestro pecho.

Esta dualidad, este "despertar" de dos seres dentro de un microcosmos, es una situación especial en la que se escucha la voz tanto del mortal como del ser interior recién despertado. En cada situación de la vida nos enfrentamos a dos caminos posibles: el camino exterior en el que el hombre exterior surge, pero eventualmente muere; y el camino interior, el camino de Belén al Gólgota, en el que el ser interior surge y entra en la nueva vida.

Ambos caminos nos invitan, nos llaman, y nosotros los seres humanos preferiríamos no hacer una elección, pero en lugar de ello, intentamos comprometernos...

El poder de Cristo se sacrifica a sí mismo, se ofrece a aquellos que luchan por progresar en el camino interior, mientras vencen una y otra vez las tentaciones del camino exterior y descartan todas las imágenes talladas del mundo de la forma.

Esta fuerza, el pan y el vino espiritual, nutre al hombre interior y purifica al hombre exterior para convertirlo en un servidor del interior. ¡Pero ambos continúan existiendo uno al lado del otro, cada uno atraído por su propio camino!

Luego comienza la fase de la fiesta de Pascua, y depende de Pedro y Juan (nuestra voluntad, la cabeza y nuestro sentimiento, el corazón) preparar un pan sin levadura. La cabeza y el corazón solo pueden forjarse para tal unidad si ambos realmente la quieren y la anhelan. Así que deben haberse vuelto puros a tal grado que sean capaces de recibir la fuerza de luz pura, "sin fermentar". Esta fuerza de luz sin mancha, este Cristo puro como poder, se indica en los Misterios como el Cordero o la Sangre de Cristo.

Esta fuerza es tan sobrenatural y posee un gran poder transformador que solo se puede recibir en una taza o tazón que ha sido diseñado para este propósito especial. Pedro y Juan, la voluntad pura y el deseo puro, juntos construyen este tazón, que simboliza la unidad de cabeza y corazón que ha sido restaurada en el ser exterior. Esto a veces se representa de la siguiente manera: la base de la copa se encuentra en el corazón, y la laringe es el punto desde el que la cabeza se abre como una copa a la luz.

Es esta copa en la que se sacrifica el cordero pascual, y en la que José de Arimatea trae la sangre de Jesucristo al Oeste, a la tierra del sol poniente.

El vino se recibe en esta copa interior, que se elabora durante el misterio séptuple de la Santa Cena. Es la copa de la que Jesús dice en el Huerto de Getsemaní:

*“Oh, Padre-Madre mío, si es posible, que pase de mí esta copa; sin embargo, que no se haga mi voluntad, sino la tuya”.*

El Evangelio de los Doce Santos 77: 6

Getsemaní es el nombre de una niña que significa "prensa de aceitunas", o "recipiente de aceite". El Espíritu Santo, la luz transformadora séptuple, es un principio femenino que se manifiesta y los siete rayos actúan sobre la personalidad como una prensa de aceitunas. El aceite es un símbolo del poder del alma, la fuerza del ser interior.

La historia corta sobre los acontecimientos en el Jardín de Getsemaní, por lo tanto, indica un proceso espiritual en el que el poder puro del alma, el aceite precioso, se libera cuidadosamente de la personalidad y se recoge en un recipiente especial, el cuerpo del alma.

Este proceso extremadamente delicado tiene un gran valor para la resurrección del ser interior. Por esta razón, la preocupación de Jesús (el Amor) por la lucha interior del Alma le hace orar tres veces para establecer si este es el momento adecuado.

Porque una y otra vez los discípulos se duermen en el Monte de los Olivos porque "el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil". En su angustia, Jesús pregunta hasta tres veces si la copa realmente debe ser aceptada en este momento, sabiendo que requiere la participación consciente y despierta de la personalidad.

Los discípulos simbolizan los doce aspectos de la personalidad que, como ramas de un árbol brotan de la cabeza y desde allí se extienden por todo el cuerpo físico. Estos "discípulos" son indispensables para todos los procesos físicos y espirituales. Es por eso que Jesús los limpió durante la Santa Cena.

Ahora él toma este "olivo" arriba de la montaña y lo sumerge en el campo del alma, para que los discípulos puedan saber lo que sucederá. Pero los discípulos se duermen: la conciencia despierta normal no puede seguir aquí, solo la percepción interna puede hacerlo.

Solo hay un discípulo que no lo sigue en la montaña: Judas Iscariote. Y a Judas Iscariote, todos lo conocemos.

Él es de hecho uno de los discípulos que Jesús mismo seleccionó en uno de sus viajes, pero originalmente es un recaudador de impuestos (Evangelio de Acuario 88: 21-26), uno que permite el acceso a una determinada vía solo después del pago. Representa nuestra posesividad natural, ambición y deseo de poder.

Estas fuerzas son particularmente fuertes y nos atan con cada átomo al mundo material. Judas dentro de nosotros siempre tratará de colocar la vida superior dentro del marco de la tierra, regateando y comprometiéndose. Por lo tanto, Jesús ha sido traicionado en el camino espiritual no solo una vez, sino una y otra vez.

Judas tropezó sobre el umbral que él mismo erigió a través de su actividad como recaudador de impuestos, por lo que no podrá celebrar la Pascua. Por lo tanto, no sigue a Jesús subiendo al Monte de los Olivos. En cambio, va a Caifás, el sumo sacerdote. Así como Pedro simboliza el aspecto purificado de la voluntad, Caifás se relaciona con la voluntad del ser exterior que todavía está presente.

Caifás entiende que su última hora ha llegado a menos que tenga éxito en quitar la fuerza de luz, Jesús, de "su reino", y rápidamente. Y Judas el regateador es una presa fácil para Caifás. Porque Judas no puede vigilar el sendero, no ha sido iniciado en el Monte de los Olivos y por lo tanto sigue actuando de acuerdo con la ley exterior, la ley de Moisés.

Bajo esa ley, la Pascua se celebra con la matanza de un cordero, un cordero Pascual, dentro de las puertas de Jerusalén. Judas compró un cordero para servir a Jesús, pero Jesús se negó a sacrificarlo. En cambio, los discípulos y Jesús -el Cordero de Dios- celebran la Pascua dentro de las puertas de la Jerusalén interior, con pan.

El Caifás dentro de nosotros usa inmediatamente este incidente como una oportunidad para condenar a Jesús a muerte: ¡de acuerdo con la ley, un cordero debe ser sacrificado! Judas promete a Caifás traicionar a Jesús por dinero. Y con un "beso de muerte" Judas indica cuál de los hombres es Jesús, entregándolo así a los sumos sacerdotes, a los sirvientes del templo y a los fariseos.

Simón Pedro quiere proteger la vida de Jesús y saca la espada de su fuerza de voluntad, una reacción totalmente natural, pero Jesús no lo permite mientras dice:

*“Vuelve a poner tu espada en su lugar; todos los que tomen la espada, por la espada perecerán”. Y le dijo a Pedro: “¿Crees que ahora no puedo orar a mi Padre y que pronto me dará más de doce legiones de ángeles? Pero entonces, ¿cómo se cumplirán las Escrituras, que así debe ser?”.*

*Entonces todos los discípulos lo abandonaron y huyeron.*

El Evangelio de los Doce Santos 78: 8-10

No mucho tiempo después Jesús es negado tres veces por el mismo valiente y sincero Simón Pedro. El gallo canta, Jesús se da la vuelta y lo mira: el miedo es siempre más fuerte que la voluntad humana, por purificada que sea. Y salió Simón y lloró amargamente.

De esta manera, el aceite del alma es extraído de la personalidad hasta la última gota; el ser interior demuestra su fuerza y confianza, y no cede a los instintos del ser exterior. Porque la luz interior no necesita luchar, simplemente lo es. No se retira y el Cordero se entrega voluntariamente, siendo así encarcelado para llevar el proceso espiritual a buen fin.